



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Publicación digital semestral

Director: Mario Toer

politicalatinoamericana.org/revista

BERGOGLIO-FRANCISCO Y LA PATRIA GRANDE

Rubén Dri

Licenciado en Teología Pontificio Ateneo Salesiano – Turín, Italia y Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Titular de Sociología de la Religión de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y miembro del cuerpo docente del Doctorado en Ciencias Sociales. Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.

RESUMEN

¿Por qué Bergoglio chocó con el movimiento popular expresado por el kirchnerismo y Francisco aplaude con entusiasmo los movimientos populares latinoamericanos? El presente ensayo busca desentrañar los motores de la transmutación política y pastoral presentes en la figura del Papa Francisco y las implicancias que estas tienen para la Patria Grande.

Palabras claves: Papa Francisco, kirchnerismo, Patria Grande

En el 2008, el Gobierno nacional y popular latinoamericanista de Cristina Fernández de Kirchner se encontró jaqueado por un conglomerado de fuerzas de derecha conducidos por la Sociedad Rural. Eran las fuerzas que se oponían al proyecto latinoamericano que tiene como norte la recuperación de la Patria Grande. En esa oportunidad, el entonces cardenal de Buenos Aires, Jorge Bergoglio que, según Néstor Kirchner era el articulador de la oposición, se puso claramente del lado de las corporaciones agrarias.

Efectivamente, recibe a la “Mesa de Enlace” formada por dichas corporaciones que habían lanzado un lock out con inusitada fuerza y le pide a Cristina “un gesto de grandeza”, es decir que acceda a la exigencia de las corporaciones de dejar sin efecto la medida que había tomado el gobierno, la suba de las retenciones a la producción agraria.

La medida lanzada por las corporaciones no se detenía en hacer retroceder al poder político, sino que, de máxima, buscaba producir un golpe de Estado en la línea de los denominados “golpes blandos”, es decir, destituciones en los que no es el ejército el actor principal y el que se hace cargo del gobierno una vez producido el golpe, sino que se utilizan distintos medios como ser huelgas, lock outs, manifestaciones, manipulación mediática, medidas judiciales, etc.

Con la escalada del conflicto, el debate se trasladó al Congreso de la Nación sin por eso abandonar las calles. Con dos grandes concentraciones en las vísperas de la votación en el Senado, se expresó claramente la división de la sociedad en dos proyectos contrapuestos: el del movimiento nacional y popular, orientado a la construcción de la Patria Grande, y el neoliberal, que había devastado las economías de los pueblos latinoamericanos en la nefasta década del 90.

El empate en la votación en la Cámara alta obligó al vicepresidente de la Nación y presidente del Senado, Julio Cobos, a definir. En un clima de máxima tensión, el vicepresidente desempató a favor de las corporaciones agrarias con su célebre “voto no positivo”. El entonces cardenal, Jorge Bergoglio, que ya había recibido a la Mesa de Enlace, recibió al “héroe” del triunfo de las corporaciones en agradecimiento a su “patriótica acción”. Claro gesto de involucramiento en la lucha en contra de la construcción de la Patria Grande.

Del 5 al 12 de julio del presente año, Bergoglio ahora como Francisco, Sumo Pontífice de la Iglesia Católica y máxima autoridad política del Estado Vaticano, realizó una gira por América Latina, visitando los países de Ecuador, Bolivia y Paraguay. No caben dudas de que la Bolivia de Evo Morales fue el epicentro de la actividad pontifical. Allí

Francisco se despachó a gusto en contra del capitalismo financiero, al que “no se lo soporta más” y llamó a defender a la madre tierra que dicho capitalismo está destruyendo.

Dejó tres tareas: poner la economía al servicio de los pueblos, unir a los pueblos en el camino de la paz y de la justicia y defender a la madre tierra, para rematar afirmando que “el futuro de la humanidad”, no está en manos de las élites, sino “en manos de los pueblos”. Uno no puede menos que asombrarse de esta posición “aparentemente” tan contraria a la sostenida mientras fue arzobispo de la arquidiócesis de Buenos Aires.

Es fácil conectar esta contradicción con otras como la que sostenía con relación a la homosexualidad cuando era cardenal y la que sostiene ahora. Antes, el proyecto de ley de matrimonio igualitario impulsado por el gobierno argentino era producto de una guerra del diablo en contra de Dios; ahora, no se atreve a juzgar a un homosexual. Antes su actitud era adusta, agria; ahora en cambio, es alegre, jovial. En síntesis, antes su mensaje era para las corporaciones agrarias, ahora para el pueblo, para los pueblos de quienes depende nada menos que el futuro de la humanidad.

Recuperar el poder de la Iglesia

No pretendemos en estas reflexiones penetrar en las intenciones de Bergoglio-Francisco, ni dirigir nuestro análisis al ámbito de lo religioso y de lo ético, sino específicamente al de lo político. Porque Francisco antes que nada es un político, tal vez uno de los más importantes políticos de la actualidad, pero un político que es a la vez, líder religioso.

Sólo de esa manera se puede entender que al mismo tiempo canonicé al papa Wojtyla-Juan Pablo II y a Arnulfo Romero, arzobispo del Salvador, es decir, al que fuera cómplice, al menos por omisión, del asesinato y al asesinado. La canonización implica proponer a alguien como modelo de conducta en todo sentido, más aún, dejar sentado que se trata de alguien que ha practicado la virtud cristiana hasta el heroísmo.

El nombramiento de Bergoglio como Sumo Pontífice tiene que ver con la necesidad de recuperación de la Iglesia como protagonista en la nueva coyuntura histórica en la que el capitalismo, en su etapa neoliberal, está pasando por una de sus crisis más profundas. Un mínimo de historia se hace indispensable.

Wojtyla asume el pontificado con una misión específica, terminar con las transformaciones que se habían producido, especialmente con lo que genéricamente se conoce como Teología de la Liberación, y con el comunismo, para lo cual contrató una inusual galería de cardenales corruptos y mafiosos asesinos como “Michele Sindona, Roberto Calvi, Paul Marcinkus” como afirma Eduardo Fabbro. Es el momento del neoliberalismo en auge, de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. El comunismo o “socialismo real” había colapsado y todo lo que se había construido en el ámbito eclesial había sido arrasado.

Era el momento del “fin de la historia”, de las utopías, de las ideologías, del sujeto. En América Latina, el momento de las dictaduras militares. La terrible década del 90. El mundo despertaba de una pesadilla y sólo veía destrucción y muerte a la que no escapaba la Iglesia. Luego de unos momentos de euforia como la que suelen tener los

enfermos de enfermedad terminal, vino la cruda realidad, una Iglesia devastada, sin fieles, con los dirigentes vaticanos enredados en cuanto fechoría es posible cometer.

Se elige entonces a Ratzinger que toma el nombre de Benedicto XVI para la recuperación. El nuevo papa lo intenta con su concepción de las “minorías creativas” buscadas en Europa, pero éstas no aparecieron. No es precisamente Europa el lugar de donde podía salir la fuerza para “resucitar” a una Iglesia en agonía, porque ese lugar estaba completamente infestado. Menester era buscar en otras latitudes que no podía ser otras que América Latina, porque sólo allí, no la Iglesia jerárquica, sacerdotal, sino la iglesia popular, ésa que nace del pueblo, manifiesta su poder y su frescura en los movimientos populares que florecen en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina, Brasil. Hacia allí, pues, se dirigieron las miradas de los jerarcas eclesiásticos y encontraron a Jorge Bergoglio, el cual había advertido que era necesario ir a la “periferia”.

Pero entonces, ¿por qué Bergoglio como cardenal en Buenos Aires se opuso al movimiento popular expresado por el kirchnerismo y ahora aplaude con entusiasmo los movimientos populares latinoamericanos entre los cuales el kirchnerismo ocupa un lugar destacado? Si tenemos en cuenta que el problema central de la Iglesia es el del poder, o si se quiere, el de la hegemonía, encontraremos la clave para una respuesta convincente.

En Argentina Bergoglio se encontraba con un movimiento nacional y popular henchido de vida, liderado por los Kirchner, pero fundamentalmente por Néstor, el cual, por otra parte, no sólo no aceptaba el liderazgo de la Iglesia, sino que le había puesto límites a sus pretensiones de continuar con privilegios en temas que debían estar bajo la órbita del Estado.

La Iglesia sacerdotal siempre consideró e hizo valer frente al poder político un pretendido derecho a ser consultada y obedecida en determinados temas como el de la educación en todos sus niveles, y el referido a la moral, entendiendo por tal todo lo referente a la sexualidad, es decir, el divorcio, los anticonceptivos, la política de género.

El enfrentamiento con Néstor Kirchner por el liderazgo lo llevó a Bergoglio no sólo a pactar con la oposición, sino a convertirse en su principal referente, incluso en su “articulador” como dijo Néstor. Bergoglio nunca dio el paso para ir de la Catedral a la Casa Rosada, porque eso significaba “someterse”, cosa que no pasaba por su cabeza.

Una vez proclamado Sumo Pontífice, las cosas cambiaron. Ahora puede ponerse por encima de todo liderazgo político y desde allí pronunciarse a favor de los movimientos populares latinoamericanos, sin tener que resignar el poder de la Iglesia en los ámbitos señalados. No sólo puede estar a favor de dichos movimientos, sino que esa movida es estratégica. La recuperación de la Iglesia no se encuentra en Europa, como equivocadamente pensó Ratzinger, sino en América Latina, el continente donde la vida política popular está viva y palpitante y donde la Iglesia tiene la mayoría de sus fieles.

Para resguardar el poder de la Iglesia Bergoglio se alió con la “oposición”, llegando incluso a apoyar un movimiento golpista como el liderado por las Corporaciones Agrarias, como decíamos, sin dejar al mismo tiempo, de atender el trabajo social en los barrios carenciados. Ahora, a esa oposición no la necesita y puede sin más presentarse como el líder de los movimientos populares latinoamericanos.

Estos movimientos que nacen de entre los escombros a que el neoliberalismo triunfante había dejado a los pueblos latinoamericanos, encontraron sin excepción a la Iglesia en la oposición. Así fue especialmente en Venezuela, en Ecuador, en Bolivia y en Argentina.

“Si todo el pueblo está en la ruta, el cura va allí y los acompaña” afirmaba el sacerdote Jorge Oesterheld. Ese pueblo en la ruta no era otro que el de las Corporaciones Agrarias realizando el lock out. “Ustedes nos han hecho asistir al escándalo de una comunión episcopal que ha dejado las ovejas al arbitrio de los lobos”, les decían los “Hermanitos del Evangelio” a los obispos bolivianos enfrentados al movimiento popular liderado por Evo Morales. Ante el ataque de los obispos, expresaba Hugo Chávez, “invito a todos a tomar el camino de la teología de la liberación”.

Francisco, como en tantos otros aspectos, cambió la óptica de la Iglesia. No sólo no la pone en el enfrentamiento con los movimientos populares latinoamericanos sino que se ubica en posición de líder de los mismos. De esa manera posiciona a la Iglesia para ejercer el liderazgo en la etapa de la reconstrucción de la Patria Grande.

Los movimientos populares salen favorecidos. Sus luchas, sus reclamos, sus proyectos reciben la aprobación y el impulso del gran actor político-religioso que es la Iglesia Católica, pero, por otra parte, se encontrarán con los límites que necesariamente les impondrá dicha institución.

La necesidad que tuvo Bergoglio de apoyarse en la oposición para defender los intereses de la Iglesia, es decir, el espacio que siempre pensó como propio, educación y moral, ahora ya no existe. Poniéndose al frente de los movimientos populares, al mismo tiempo que los impulsa, les pone los límites que siempre impuso la Iglesia a los movimientos de liberación.

En esa contradicción de ahora en más se desarrollarán los movimientos populares latinoamericanos en su tarea de construir la Patria Grande Latinoamericana. Avances en lucha en contra del capitalismo financiero, en defensa de la madre tierra, sin duda alguna, pero límites en todo lo que tiene que ver con el ámbito de la educación y de política de género.